

VICTOR ANDRES BELAUNDE

Por José Jiménez Borja

(El 14 de diciembre de 1976 se han cumplido diez años de la muerte de quien fue ilustre Director de la Academia Peruana de la Lengua y eminente internacionalista Víctor Andrés Belaúnde.

Con ese motivo, el Instituto Riva-Agüero, alto centro de estudios que Belaunde creó, organizó y dirigió, celebró una sesión solemne de homenaje, con la adhesión de varias instituciones de cultura. El discurso de orden, sobre el tema: "Víctor Andrés Belaunde y la aparición política de la generación del Novecientos", estuvo a cargo del Doctor César Pacheco Vélez, quien tuvo además la representación de la Academia Nacional de la Historia. Hablaron luego: el Doctor Jorge del Busto por la Sociedad Peruana de Filosofía, el Doctor Raúl Ferrero Rebagliati por la Sociedad Peruana de Derecho Internacional, y el Doctor José Jiménez Borja por la Academia Peruana de la Lengua; y cerró el acto el Rector de la Pontificia Universidad Católica, R. P. Felipe Mac Gregor.

Reproducimos enseguida el hermoso discurso del representante de nuestra corporación, Académico Don José Jiménez Borja:)

Señores Presidentes de las Instituciones sabias;
Señoras y Señores:

La Academia Peruana de la Lengua, cuya dirección ejerció Víctor Andrés Belaúnde por espacio de veinte años, y que recibió su aliento, su fraternidad y su sabiduría, como un sello inolvidable, se une estrechamente a este homenaje que reverdece en la Corporación y en todos sus componentes el amoroso laurel de gloria y gratitud con que conservamos su recuerdo.

He tratado y trataré del Maestro en otros extensos ensayos, pero quiero ahora acentuar únicamente el aspecto de su riquísima personalidad que se relaciona con su carácter académico, es decir la tonalidad de su estilo.

Fue elegido como Miembro de Número de nuestro Cuerpo Literario en la reorganización de 1917 que auspició don Ricardo Palma y así aparece en la histórica fotografía de aquella generación que rodea al Patriarca. Algunos de ellos como Gálvez y Riva-Agüero eran específicamente literatos. Otros como Mariano H. Cornejo y Belaúnde eran hombres de pensamiento. Dentro de esta dicotomía del academicismo de entonces cabe preguntarse por qué resulta un exponente del idioma y un emblema de la Institución al dirigirla por dos décadas. Por la razón simple de que el pensamiento verdaderamente original y arquitecturado, ágil y evolutivo, aunque desnudo de maquillaje retórico, deriva una elegancia de forma, un ritmo, una musicalidad, que alcanza los niveles de la dulzura poética o del paisajismo o psicologismo narrativos. Es la limpieza, en primer término, que engendra la claridad. Limpio es el lenguaje libre de brozas, lagunas, digresiones, mondado y exacto, que nos hace entender con ligereza las ideas ajenas. "Todo debe ser sacrificado a la claridad", dice Azorín, y añade: "Más vale ser censurado por un gramático que no ser entendido. . . Sí, lo supremo es ser sobrio y claro". Pero esta claridad resulta de un vigor in-

terno por la correlativa claridad del pensamiento. El estilo, así ceñido al concepto, resulta más que voluntario fisiológico. Es una resultante del ser interior y de sus mecanismos de creación. En Belaúnde esta limpieza viene de su señorío, de su mando, de su dignidad mentales. Y resulta así, en una primera etapa, de una transparencia lacónica en el género inicial de su carrera de escritor, la de internacionalista en defensa de los derechos del Perú a sus fronteras inmemoriales. En esta tarea monumental su instrumento de expresión es circunscrito y rectilíneo, siguiendo el proceso dialéctico y documental de sus pruebas jurídicas. Más tarde se interna en el mundo de la ideología político-social y es el ensayista de la *realidad nacional*, frase que imprime por primera vez. Aquí el pensamiento, libre de la austeridad que impone el derecho, se mece con el soplo del idealismo característico de la época americana que le tocó vivir y adquiere el ritmo ágil, el vocabulario escogido y el proceso sintáctico nervioso, distinto, por esencia, del torrente florido de la escuela anterior. Por eso la menos oportuna comparación que se le ha hecho es la de orador castelariano. Era gran orador, pero subsidiariamente. Primero, era un pensador. Era gran orador porque su voz de plata y el tránsito de sus ademanes a ratos tempestuosos, desbordando el marco de su figura de hidalgo, promovían el máximo fervor en el auditorio. Pero al fondo de aquel ímpetu quedaba el perfil quieto de su apotegma, el esquema discursivo geoméricamente puro. El idealismo a que he hecho referencia le daba, según las palabras de su maestro Rodó, "aquella inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, el beso en la frente de un pensamiento cincelado, el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu", pero no una congestión emotiva y bullente que alargase en períodos, más que espacios sonoros, su peregrino mensaje.

Del ensayo sobre nuestra composición social y nuestro

destino patrio, pasó a la meditación filosófica, sin que podamos decir que se trata de soluciones de continuidad y que no hubo paralelismos espirituales y mutuas penetraciones. ¿Qué notas estilísticas podríamos apreciar en sus escritos de esta especie? Siempre su dicción es traslúcida, ahora con mayor razón severamente construida. No olvidemos que este ingreso al ámbito de los principios absolutos coincide con la conversión a la fe de sus mayores, con una nueva inmersión en las aguas lustrales del catolicismo, a cuyos pies deposita la cultura de las más elevadas mentes europeas, dándole el toque de una nueva sensibilidad que recogen con gallardía especialmente los jóvenes de 1930 para adelante. Yo encuentro por eso en todos los escritos de esta etapa un trémulo fulgor de cosas recién aparecidas que se manifiesta en el léxico grávido de esencias, en los vuelos trascendentes y en las cifras finales de certezas gozosas, en el retorno por el viejo camino ignorado que conmueve a Rilke, y que lo lleva hacia la dulzura hogareña. Hay una nitidez conceptual que no abdica nunca en sus especulaciones técnicas sobre Descartes, Spinoza, Pascal o San Agustín, pero una ráfaga de poesía estremece la superficie del cristal refractante. El drama de sus entelequias, podría parecer una nominación absurda, pero no hay tal irracionalidad al decirlo. Vive dramáticamente los juicios, que le suscitan sus intuiciones metafísicas y ello conlleva una modulación acentuada, de misteriosas sombras, de donde surge la centella de la inesperada convicción. Nos enseña el éxtasis pero a través de la inquietud. Su forma es aquí más fina y lacerada, es la de un filósofo; también la de un lírico que binariamente toca lo invisible y lo visible. Pero donde la filosofía se vuelve una historia del corazón es en el ensayo *Nostalgia y Liturgia* inserto en el libro *Palabras de Fe*, con resonancia polifónica, pulsaciones de paisaje y el contraste trágico de infinitud frente a estabilidad. La nostalgia del tiempo perdido y de la tierra fugitiva que resuelve la liturgia con su *recherche* que

no alcanzó Proust en su total desesperanza. La humanidad fragmentada podría recomponerse en la cumbre mística de la liturgia, alpinismo hacia Dios, como la llamó Pío XI, ascensión por lo tangible hacia lo intangible y que tiene su centro en la grandiosidad unitaria de la misa. El aire de su habla proporciona aquí la sensación de una rosa lentamente deshojada.

Ambas maneras parecen concurrir en su libro magno *Peruanidad* del cual anoté una vez mi impresión de templo al mismo tiempo telúrico y cristiano. Es espléndido porque está hecho con las piedras y los milenios del Perú y se proyecta al porvenir de un pueblo. Es elegante porque reduce una indómita realidad a la nobleza de las ideas puras. Está en la plenitud de la estética del *Novecientos* y sus altas linternas derraman matices, contrapuntos, evasiones, témbolor plateresco.

Hizo mucho después pero en este libro dejó su obra maestra. Hizo mucho siempre. Hasta su último aliento estuvo haciendo una obra más. Su sabiduría era irradiante, con generosa sencillez, sus ojos, sus labios, sus brazos, su vibración casi eléctrica para aproximarse al contorno humano y sembrar el saber, la bondad, la fe, eran una obra más de cada hora.

Por eso sobre su traza de señor del pensamiento y del verbo caen con acierto las voces del *Eclesiastés* (cap. 10, vers. 12): "De la boca del sabio las palabras salen llenas de gracia".